

SANTÍSIMA TRINIDAD-2021

Padre Pedro José Ynaraja Díaz

TEXTOS

Deuteronomio 4, 32-34. 39-40

Moisés habló al pueblo, diciendo:

—«Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, palabra tan grande como ésta?; ¿se oyó cosa semejante?; ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?; ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor, vuestro Dios, hizo

con vosotros en Egipto, ante vuestros ojos?

Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre.»

del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 14-17

Hermanos:

Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: «¡Abba!» (Padre).

Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados.

del evangelio según san Mateo 28, 16-20

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

—«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

COMENTARIO

Cualquier domingo, cualquier celebración en honor del Dios que nos predicó Jesucristo, es acontecimiento Trinitario, es su signo fundamental. Jesús mismo es Trinidad.

Uno de entre los errores que caemos los humanos, es el creernos ser origen de la verdad y el pensamiento, razón de nuestro discurrir, al que se deben someter todas las conjeturas, las nuestras y las de los demás.

Pensamiento, afectos, obrares, todo lo fundamentalmente bueno que de cada uno de nosotros puede surgir, es consecuencia y derivación de nuestra participación con el Dios único.

El conocimiento y la relación que nuestro padre en la Fe, Abraham, pudo vivir respecto a las intuiciones y deducciones de sus predecesores, fue portentoso, fue un salto imponente. Supo en Siquen que la divinidad era Dios, que lo desdibujadamente intuido era Persona. Su respuesta fue admirable. Ahora bien, a lo largo de los tiempos, poco a poco y al modo que sus sucesores predilectos fueran capaces de aceptar, fue el Señor enriqueciéndolos.

Culminó el régimen de divinas enseñanzas con la llegada y permanencia de Jesús, Hijo Unigénito del Padre, también genuinamente humano.

No hay que olvidar que la aceptación de nuestro Dios es relación innegablemente histórica. La más antigua declaración de Fe que nos proporciona la Biblia es "Mi padre era un arameo errante que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a Yahve Dios de nuestros padres, y Yahve escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahve nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel". (Dt 26,5ss)

Desde este inicial credo hasta el que pronunciamos en nuestras misas, fundamentalmente, proclamamos una historia, esencia que es de nuestra Fe.

Oculto o explícito, existe siempre y es esencial el reconocimiento del Amor que Dios nos tiene. Al lector amigo le parecerá estrambótica la comparación que voy a poner, pero no se me ocurre otra. La estructura del Credo en nada se parece a la "Tabla periódica de los elementos" uno de los postulados de la física. (Contenido estático, pese a que oculte dinámicas de la pequeñez atómica)

Durante mi larga vida, una de las felicidades que he gozado, han sido los encuentros, fortuitos o duraderos, con gente importante. Tanto en el ámbito de la investigación bíblica, como en el de la científica. Tanto del mundo financiero, como en el militar. Tanto estético como político. Nada de lo humano se me ha ocultado, lo digo recordando a Terencio. Pues bien, si he gozado de su aprecio, ha sido porque no me he propuesto escudriñar sus saberes y potestades. He gustado recibir conocimientos anecdóticos, que estuvieran al alcance de mi pequeñez. Nunca he pretendido invadir y dominar la central intimidad de su superior categoría.

Los confidenciales entusiasmos que me han comunicado, de nada me resultaban útiles para enriquecer mi situación social, eran pura y simplemente, muestras de aprecio.

No encontraréis en el texto bíblico, queridos lectores, un enunciado categórico respecto a la Santísima Trinidad. Ahora bien, si aceptamos la amistad que Cristo nos ofrece y tratamos de no traicionarla de ninguna manera, se nos ira dibujando

en nuestro interior lo que nuestro entendimiento es capaz de captar y elaborar posteriormente.

Si aparentemente, el misterio de la Santísima Trinidad es el más inútil de los dogmas cristianos, realmente es el más apreciable.

Pongo un ejemplo: nunca el dinero que podamos recibir por un trabajo realizado, nos alegrará tanto como un regalo recibido como consecuencia del amor que alguien nos tiene. De un billete de banco conocemos su valor y su valer. Un ramo de flores, la dedicatoria que alguien importante haya redactado en un obsequio que nos ofrece, un simple beso, un abrazo, nos llenará de felicidad a rebosar. Algo así es la elegante confianza que Dios ha tenido con nosotros al susurrarnos amablemente, mientras el Hijo permanecía sometido al espacio/tiempo, que su realidad era ser Uno y Trino en su misteriosa trascendencia.

Otro ejemplo que alguno de vosotros puede haber experimentado. En un cierto momento, alguien que os conocía un poco y al que de alguna apreciabais, os ha balbuceado quedamente: te quiero, deseo amarte para siempre. La respuesta inmediata ha sido el sonrojo y raudo el abrazo emocionado. Ninguna de las dos expresiones pueden convertirse en valor monetario. Podrá perderse una moneda y no parar mientes en ello, pero nunca se olvidará el tal momento.

Quien sea sensible y aprecie el amor más que cualquier utilidad, será capaz de agradecer a Dios la revelación que hoy, más especialmente que otros días, explícitamente celebramos.

(perdonadme, queridos amigos lectores, que os envíe tan tarde este comentario, las actuales situaciones trastocan el cumplimiento de los deberes que uno libremente se ha impuesto. No me libro yo de tales influencias, aunque esté vacunado)